

EGLOGA DÉCIMA.

Los alegres campos, la clara fuente, el fresco viento y el mismo Apolo, atentos al dulce canto por el tiempo que duró, suspensos dejaron sus ejercicios; y pienso que la hermosa Flora que en aquella sazón por las selvas sembrando flores discurría, llena de rosas la mano se olvidó de derramarlas, quizá para de todas ellas hacer una guirnalda al generoso Tirseo, que habiendo puesto fin á su música de nuevo con los regalos de su zurrón nos convidaba; y nosotros no tan atentos estábamos á esto cuanto á mirar el cabrero Licio que á las espaldas de Leranio en labrar una flauta se ocupaba, que como el palo para hacer los agujeros no estuviese de sazón, ya que con mucha curiosidad acabada la tenía, al mejor tiempo se le quebró, y así de veras lo sintió el zagalejo que apenas pudo detener las lágrimas, aunque olvidado de que nadie le mirase ya con buscar de que hacer otra consolarse quería; cuando nosotros que atentos á sus livianos disgustos en él teníamos puestos los ojos, de tal manera á un tiempo nos comenzamos á reir, que él no sabiendo si en donaire lo echase ó si de veras se corriese, ya de una color ya de otra

se ponía, hasta que Leranio, que muy su amigo era, haciéndose á su parte por defenderlo en favor suyo nos comenzó á gritar. Mas el atajado pastorcillo, no tan leal como convenia, queriendo por ventura salirse de entre tantos ojos, sin mas aguardar se pasó á nuestro bando dejando solo á Leranio que por ayudarle contra todos se habia declarado, á quien nosotros sin perdonarle punto tantas cosas supimos decir, que corrido al fin de nuestra conversacion le desterramos; y no mucho despues desto, ya que merendar queríamos, habiendo él primero en lo mas cerrado del bosque de tal manera ahullado como lobo, que á todos nos puso miedo, corriendo por entre los árboles, sin pensar le vimos venir gritando, al lobo, al lobo pastores, tan turbado y la color del rostro muerta, que estimando por verdad lo que decia, todos no sin gran turbacion hácia donde nos señalaba fuimos corriendo: mas él, no contento deste engaño, dando sin ser visto la vuelta, al pasar por la fuente de camino nos llevó toda la merienda, sin dejarnos mas que el deseo y el agua donde pudiésemos ahogarlo; y nosotros desta segunda burla mas que de la primera agraviados á mal de nuestro grado alabamos la sutil astucia del pastor. Y no pudiendo alcanzarlo hasta donde nuestros rebaños estaban, con ellos poco á poco nos fuimos hácia la sierra hablando siempre en los pasados placeres, hasta que subiendo un

pequeño collado lleno de tanta frescura que otra cosa que agradables flores no tenia, y destas se mostraba tan cuajado como de lana nuestros mas hermosos carneros, á un tiempo descubrimos la alta y tendida sierra que con agradable caída, desviando de sí el caudaloso rio, le hace dar por aquellos llanos una enarcada vuelta, tal que con los floridos árboles que sus riberas visten, no es de menos hermosura que la pintada Iris cuando por las huecas nubes muestra vestido su poderoso arco de aquellos aparentes colores que el dorado sol le presta; y en esto las ligeras vistas no sin deleite sembradas por aquellos prados, discurriendo de unas cosas en otras, al fin venimos á descubrir el temeroso lugar donde en eterno sosiego las frias cenizas y los preciosos huesos de la hermosa Augusta reposan: Augusta, hija del famoso Anfimedonte y hermana de los dos pastores Beraldo y Delicio: aquella misma á quien el cielo en lo mas florido de su edad, juzgando indigno el mundo de su valor, la arrebató de nuestros ojos á mas seguro mundo y prados mas deleitosos: en cuyo nombre Cristallo aguardando que todos llegásemos á lo alto con un tierno afecto dijo: Si yo ahora, pastores, de todo punto no he perdido la memoria destes valles, aquella estrecha pirámide que de los pequeños árboles se levanta no es otra que donde la mucha beldad de nuestra Augusta en poca tierra se deshace: aquella que

vosotros tantas veces con amorosos versos por estas alegres selvas celebrastes, cuyo regalado nombre aun vive todavía por los pinos escrito de vuestra mano; y no solo ahora vive, mas si las promesas de los inmortales dioses de alguna confianza son dignas, vivirá mientras los robles de ásperas hojas se vistieren, y del inmortal laurel los poderosos rayos se apartaren. Vamos pues ahora allá, que si los ligeros espíritus sueltos destas mortales ligaduras en los permanentes siglos donde se hallan á las cosas deste mundo atienden, nuestra venturosa ninfa, desde aquellos dorados montes donde pisando estrellas vive, con guirnalda de inmortales rosas, y de resplandecientes ropas vestida alegremente escuchará nuestro canto; y su delgada sombra que á vueltas quizá destes árboles guarda un eterno silencio, con sutiles voces responderá á nuestros acentos. Así Clarenio decia, y nosotros ayudándole con piadosas lágrimas le seguimos, encomendando nuestros ganados al pastor Ursanio, porque en reverencia de las sagradas cenizas no era lícito pasar con ellos de aquel valle; y así de las profanas cosas desocupados casi desde luego comenzamos á entrar en el temeroso bosque donde jamás dañoso golpe de mortal hierro fue oído, hasta que por entre cipreses y hayas últimamente llegamos donde el callado sepulcro se mostraba, y aunque labrado de rústica cante-
ría, cercado de solitarios árboles, y lo mas de

silvestre yerba vestido, no de menor hermosura y dignidad que aquellas famosas pirámides que en otro tiempo con su magestad y grandeza asombraron el mundo. Y si agradable cosa era de mirar la diversidad de flores con que el campo se cubria, no son para pasar en silencio las grandes maravillas que en los márgenes de una limpia fuente se mostraban, la cual saliendo de dos helados riscos con mil laberintos iba buscando el verde llano, no con menos gracia y vueltas que el caudaloso y retorcido Meandro el tendido y ancho mar, donde tras largos rodeos animosamente se arroja; y no sé si con igual hermosura que nuestro pequeño arroyo, por cuyas estrechas riberas diversos animales se hallan hechos de fresca murta, rojo acanto, oloroso tomillo, florido arrayan, y otras yerbas con tanto primor obrados, que si dos bravos mastines vieras de léjos seguir un feroz lobo que en la boca lleva un corderillo, su mucha viveza te obligara á que con placenteros silbos les ayudes; dejado aparte que las ovejas así por un cercano collado van huyendo, que no sé á cual acudirias antes, ó á recoger las unas ó favorecer los otros. Y bien que cualquiera destas cosas digna sea de celebrar, lo que mayor admiracion causa es la hermosura de seis gallardas ninfas que al rededor de la famosa pira hechas se muestran de verdes jazmines, con canastillas de flores en las cabezas, y con tal artificio obradas, que

á la primera vista no te será posible sin algun sobresalto verlas; y tal pastor hubo en nuestra compañía, que metiendo el derecho pie en el sagrado término, la siniestra rodilla puso en tierra para adorar las no conocidas deidades, que sin duda creyó que en aquel punto por honra de nuestra difunta bajasen de los vecinos collados á derramar sobre sus cenizas blancas canastillas de azahares. Y esto no es de maravillar, que si la fama tiene algun crédito, ya en semejante ejercicio muchas veces se han visto cercar con placenteras danzas el celebrado sepulcro, y colgar por él guirnaldas de preciadas flores, de que son testigos las resplandecientes estrellas y la encubierta deidad que ahora nuestro razonar escucha. Pues luego que nosotros con la reverencia debida ofrecimos nuestros dones, quien un ramo de casta oliva, quien una guirnalda de azucenas, unos copia de frescas rosas, y otros en delicadas cortezas de árboles escritos amorosos versos, comenzando á danzar en torno de la sepultura, el generoso Melancio con amoroso y tierno afecto, así de un nuevo furor arrebatado, comenzó á decir: O alma dichosa, que ya desnuda de tal librea, trocando nuestras estrechas cabinas por los dorados alcázares que habitas, segura de nuevas mudanzas gozas eterno reposo, si estas palabras á tus oidos llegan, si á los sutiles espíritus fuera del dominio de la muerte es concedido el sentir, donde quiera que nues-

tra piadosa voz te hallare, ó alma bienaventurada, escucha con atencion nuestras razones: ó si acaso tu callada sombra por estas selvas anda volando, ya que á nuestros groseros sentidos no sea lícito oír su delgada voz, á lo menos entre estos árboles no dejes de escuchar nuestras canciones, las cuales mientras por los montes se oyeren, y ellos sobre los collados se levantaraen, siempre tu divino nombre celebrarán, sin que destos pinos y cipreses, donde ahora queda escrito, la fuerza del viento ó el poder de las aguas lo borre; y yo, aquel mismo á quien tú en eternas tinieblas y soledad dejaste, si las musas favorables me fueren, si tanto pueden ofrecer mis versos, una tan segura vida te prometo en el mundo, que ni la poderosa edad la envejezca ni los venideros siglos la disminuyan, antes en todo tiempo con inmortales letras, por estos robles, por estos pinos y por estas hayas, siempre tu florido nombre se renueve como las manzanas en los árboles y las rosas por abril vemos nacer: ¿mas como puede ser, ó espíritu divino, que ahora nuestras piadosas lágrimas ignores, y si á dicha te son manifiestas y á tus oídos nuestras querellas suben, ya que no puedan disminuir tu contento, como no ablandan tu corazón, haciéndote con amorosa fuerza bajar de esas doradas sillas que habitas á consolar nuestros humildes rincones y estas discretas selvas que así yermas de contento dejaste? Yo firmísima-

mente creo, y esta fe no es vana, que con tu alegre presencia restituidos los estériles collados en su perdida hermosura, nuestros huertos, nuestras viñas y nuestros sembrados, que sin tí dañosas espinas, secos parrales y avena estéril producen, preñadas mieses, preciosas uvas y frutas de mil maneras nos darian; y nuestros pastores en los alegres principios del año, poniéndote en el número de sus diosas, rojas espigas, dulce miel y espumosa leche ofrecerian en tu altar, así como al alegre Baco ó á nuestra abundante Ceres, con que tu honor, tu nombre y alabanza por los venideros siglos de unas lenguas en otras irá volando, mientras los pinos habitaren los montes, y de rocío las cigarras se mantuvieren. Así dijo, y tocando de improviso una zampoña de dos voces, pero de suavidad divina, Polinestro le acompañó con estos versos:

POLINESTRO.

Augusta soberana,
Que ya de luz vestida
Saliste de las sombras de la muerte,
Y una eterna mañana
Clara, fresca y florida
Te amaneció sin fin de anohecerte:
A los que por perderte
Ganando los perdiste,
Y en ordinaria guerra
Los dejaste en la tierra,

Y á las regiones de la paz te fuiste,
 Consuélalos, señora,
 Pues vives ya donde el consuelo mora.
 Rompió el lazo la muerte
 Con que trazaba el mundo
 Encadenar tu cuello alabastrino;
 Y trocando la suerte
 Tu valor sin segundo,
 Por esposo mortal te dió el divino:
 Que otro no fuera dino
 De tocar de ese pecho,
 El inviolable muro
 Tan casto, limpio y puro,
 Que por custodia de su Dios fue hecho,
 Y así no le llegaba
 Ni á un polvo de la tierra que pisaba.
 Ahora pisando estrellas
 Con inmortales plantas,
 Contemplas las mudanzas de la luna,
 Y entre las ninfas bellas
 Que habitan esas plantas,
 Y montes que no alcanza la fortuna,
 Sin sospecha ninguna
 De perder lo que tienes,
 Coronada de flores,
 En divinos amores
 Y placenteras danzas te entretienes;
 Que los otros humanos
 Para tan grande alteza eran enanos.
 Gozando nuevos rios
 Y deleitosas fuentes,

Los árboles te dan frutas preciosas,
 Y los cristales frios
 De las mansas corrientes
 Las sombras te harán mas deleitosas.
 Tú cercada de diosas
 Y espíritus divinos,
 Mil versos celestiales
 Y nombres inmortales
 Verás con letras de oro por los pinos,
 Dó el tuyo trasladado
 Seguro queda ya de ser borrado.
 Tú en semejante vida,
 Nosotros en la muerte,
 Donde con esta ausencia nos dejaste,
 Llorando tu partida
 Y deseando verte,
 Sin bien, que todo allá te lo llevaste;
 Si algun tiempo trataste
 De amor, ó Augusta mía,
 Y justas peticiones
 De tristes corazones
 Se admiten en los reinos de alegría,
 A lo menos, señora,
 Consuela desde allá quien por tí llora.
 Ya tu muerte han llorado
 Las ninfas de los rios,
 Los montes, los collados y las gentes,
 Las selvas, el ganado,
 Y mas los ojos mios,
 Que están ya convertidos en dos fuentes:
 Las aves, las serpientes,

Los montes y las cuevas,
 Las hayas y los pinos,
 Y los bosques vecinos,
 Las secas flores, las que nacen nuevas,
 Todo con luto triste
 Llorá el verme quedar, y que te fuiste.
 Ahora tú entretanto
 Que las preciosas flores
 Encimá tu sepulcro derramamos,
 Escucha nuestro canto,
 Y reciba estos loores
 Tu espíritu volando entre estos ramos;
 Que cuantos aquí estamos
 Prometemos al cielo,
 Y á tí que allá subiste,
 Con voz alegre ó triste
 Hacer eterna tu memoria al suelo
 Por lugares diversos,
 Con mil nuevas zampoñas y mil versos.
 Cancion, dile á aquella alma,
 Que en desprecio del mundo se fue al cielo,
 Que pues goza la palma
 Que ya mereció tanto,
 Merezca nuestro llanto
 Como ella gloria allá, tener consuelo;
 Que á nuestra humilde choza
 Todo lo puede dar quien de Dios goza.

Ya nuestro pastor con su armonía había
 puesto fin á los piadosos votos, y nosotros que
 mientras ellos duraron bailando al rededor en

concertado corro anduvimos, unos sembrando
 rosas y otros cogiendo flores, besando las úl-
 timas piedras de la sepultura, y llamando con
 humilde voz su callada sombra, si á dicha en
 aquellas regiones moraba, todos en torno de
 la cristalina fuente nos sentamos, gozando las
 maravillas que en el tendido llano se mostra-
 ban; y lo que sobre todo mayor deleite ponía
 era el agradable ruido con que los altivos ál-
 mos, silbando en ellos un delgado viento, so-
 bre nuestras cabezas se movían, cuajados sus
 tembladores ramos de pintadas avecillas que
 con sus no aprendidos cantares trabajaban de
 remedar los nuestros, donde la solitaria torto-
 lilla con tristes arrullos vieras llorar su perdida
 compañía, ó al amoroso ruiñeñor recontar la no
 olvidada injuria del fementido Teréo. Aquí el
 ronco faisán sonaba, allí las suaves calandrias
 se oían, acullá cantaban los zorzales, las mir-
 las y las abubillas, y hasta las industriosas abe-
 jas á nuestras espaldas con blando susurrar de
 una florecilla en otra iban saltando: todo olía
 á verano, todo prometía un año fértil y abun-
 doso: olía el romero, el tomillo, las rosas, el
 azahar y los preciosos jazmines: olían las tiernas
 manzanas y las amarillas ciruelas, de que todo
 el campo estaba cuajado; los ramos, que ape-
 nas podían sustentar la demasiada carga de su
 fruta; y nosotros entre tanta diversidad de
 frescuras todo lo gozábamos y por todo dába-
 mos gracias á su divino hacedor. Y como ya

mucho hubiésemos cantado, bien nos pareció que sería hora de visitar nuestros zurronecillos, de adonde sacando unos nueces, otros castañas, tal hubo que sacó bellotas, y alguno se arrojó á sacar queso y manteca mas blanca que la nieve; y quien mas no pudo, cortando de los cercanos árboles lo que halló mas de sazón, sin escrúpulo se puso con nosotros á comer, bebiendo de la fuente que á nuestro lado teníamos, cuyas cristalinas ondas á nadie se vedaron por entonces; y porque no todo el tiempo en regalos del cuerpo se gastase, Arcisio y Cloris, pastores de la ribera, ambos serranos, iguales en cantar, y á responder aparejados, con estos cantares rompieron nuestro silencio:

ARCISIO.

CLORIS.

ARCISIO.

En tanto que á la sombra destes árboles
Estamos, Cloris, con quietud pacífica,
Mejor que en salas de costosos mármoles,
Yo mi zampoña tocaré clarífica;
Tú en son del cielo y armonía angélica
Desatarás tu lengua y voz magnífica.
Y no cantes, pastor, la furia bélica,
Mas algo de tus fábulas doctísimas;
Mientras nos dá su luz la antorcha Délica.

CLORIS.

Ves aquel árbol de hojas hermosísimas,
Por cuyo tronco pasa dilatándose

Este arroyuelo de aguas preciosísimas:
Un dia ví un pastor cabe él quejándose
De amor, de la fortuna, y si fue lícito,
De su cruel pastora querellándose.
Los zelos le traían muy solícito;
El amor le volvía pusilánimo
Y ya peor que muerto un miedo ilícito:
Mas reforzando como pudo el ánimo,
Apurándole el mal dolorosísimo,
Lo escribió allí con corazón magnánimo.
Llegó Filis al árbol dichosísimo,
Y en él y su frescura deleitándose
Leyó las rimas del pastor tristísimo;
Y de tantos dolores enfadándose,
¡Ay Dios, estos amantes melancólicos,
Dijo, que todo el año están quejándose!
Si yo tuviera nombre entre bucólicos,
Estos lenguages del amor heréticos
Quizá los compeliere á ser católicos:
Porque si no es haciéndose frenéticos,
Y enfadando con llanto los ejidos,
No piensan que sus versos son poéticos.

ARCISIO.

Pues yo ví unos pastores presumidos
Cantar allí los versos marañados,
Que en las selvas no fueron entendidos;
Y diz que eran queridos y olvidados,
No entiendo como, que estas novedades
Nuestros faunos dejaron asombrados.
A los bosques traían las ciudades,
Y por los campos verdes y floridos

Cantaban sus pastoras libertades,
 Unos del otro mundo eran venidos,
 Y luego se mataron; yo de miedo
 Me tapé con el sayo los oídos.
 ¿Has visto tú, zagal, mayor enredo
 Que el que contaba un sátiro de Anfriso,
 Que apenas de temor decirlo puedo?
 Decía que un pastor un día quiso
 Tocar la luna, y puestas unas alas
 Voló cual grulla por el aire liso.

CLORIS.

Pues ellas no son fábulas tan malas
 Como las que yo digo, que esas tienen
 Autoridad, valor, misterio y galas,
 Alegran, aprovechan, entretienen;
 Estotras empozoñan, y aun enfadan
 Los que á escucharlas y entenderlas vienen.

ARCISIO.

A muchos ganaderos les agradan,
 Y por salir de cabras y de ovejas
 Con el nuevo manjar se desenfadan:
 Que de mi voz cansadas las ovejas,
 Sentados cual nosotros tras el fuego,
 No es mucho que les oyan sus consejas:
 Mas si sabes algunas, yo te ruego
 Compañero, las digas por mi gusto
 Que el tuyo en todo cumpliremos luego.

CLORIS.

No es, ganadero, entre los pinos justo
 Cantar sin reverencia aquellas cosas
 Que requieren estilo mas robusto.

Allá en otras riberas espaciosas,
 Donde no nazcan álamos y encinas,
 Cantaremos canciones mas famosas.
 Ahora nuestras selvas no son dinas
 Mas que de tonos bajos y groseros
 Al murmurar de fuentes cristalinas.

ARCISIO.

¿Pues que dirás de aquellos ganaderos,
 Que por los montes andan disfrazados,
 Muertos por convertirse en caballeros?

CLORIS.

Zagal, que son pastores alquilados
 Que hurtan el cayado y el pellico
 Para pegar la roña á tus ganados;
 Y al que presume mas te certifico
 Que apenas nuestros faunos le conocen,
 Ni saben si es pastor pobre, si rico.

ARCISIO.

Así tus viejos huertos se remozen,
 Y lleven nueva fruta tus parrales,
 Y tus cabritos de su sombra gozen,
 Que ahora si tú gustas me señales,
 Cual árbol destes es el que decías,
 Que causó á Filis escuchar sus males.

CLORIS.

Ese cuento, pastor, ha muchos días;
 Y ella deshizo entonces con su mano
 Aquellas letras de placer vacías;
 Y en la corteza, en el lugar mas sano
 Escribió aquestas: Filis nos deshizo;
 Y aun entiendo que fue en aquel manzano;

Y mira ahora lo que el tiempo hizo:
 El pastor vino por aquí otro día,
 Trájolo acaso su mortal hechizo:
 Miró el árbol, leyó lo que decía,
 Y apenas acertaba de contento
 A decir: O gran bien! O Filis mia!
 Y estando un rato á contemplar atento
 En la rama mejor de aquel granado,
 Primero se subió con mucho tiento.
 Y allí con su hocino, que amolado
 Quizá para este efeto le traía,
 Ya de llantos y lágrimas cansado
 Quiso escribir con letras de alegría,
 Versos de su zampona poco usados,
 Y un cantar escribió que así decía:
 Huya de hoy mas el lobo los ganados,
 Manzanas de oro lleven las encinas,
 Y rosas los parrales mal labrados,
 Corran leche las fuentes cristalinas,
 Miera olorosa sude la retama,
 Y los collados miel y clavellinas,
 Pues Filis por amarme se desama:
 Y ya que todo escrito lo tenía,
 Al descender quebrósele la rama.
 ¡O que contrario agüero á mi alegría!
 Dijo el pastor ¡O Filis rigurosa!
 Al fin se ha de cumplir mi profecía.
 Eres muger, y mientras mas hermosa,
 Mas fragil: quanto mas en tí pusiere,
 La pérdida hará mas peligrosa,
 Adore la mas firme quien quisiere,

Que yo doy la ramilla por quebrada,
 Cuando menos razon y fuerza hubiere.
 ¿De que huyes, cruel, desa morada?
 Los dioses por las selvas habitaron,
 Y á tí la selva como á mí te agrada.
 En igualdad los tiempos nos criaron,
 Tú sola con las obras contradices
 Lo que el cielo y los hados ordenaron.
 Si no hay porque un amigo martirizes
 Tan fiel y tan leal como yo he sido,
 Haz un día siquiera lo que dices.
 El tiempo huye, el día se ha escondido,
 Solo mi mal no sale de un estado,
 Si no es para dejarme mas perdido.
 Esto, musas, cantó Delio sentado
 En esta sombra, mientras que tejía
 De mimbres un tabaque delicado:
 Esto cantó, y el campo florecía,
 Las sombras á las veces son dañosas,
 Y es la deste nogal pesada y fria.
 Ya nacen las tinieblas sospechosas,
 Ya cobran nuevo humor las florecillas,
 Ya son las selvas menos deleitosas,
 La noche viene; vamos, mis cabrillas.

EGLOGA UNDECIMA.

No hay que encarecer el canto de los pastores ni el mucho regalo que causó, mas de que cansados ya de tantos placeres con las últimas palabras de Cloris todos á volver á nuestros ranchos nos apercebimos; porque aunque el contento era grande, el lugar deleitoso, la compañía á gusto, ya el sol iba decendiendo sobre los mas altos montes, y las agudas sombras de los pinos menos apacible hacian el campo. En esto, no de otro que del soberano cielo guiado adonde todos estábamos vimos llegar al generoso Anfimedonte, padre de la celebrada Augusta, que en compañía de muchos vaqueros y mayorales de la ribera bajaba, como es de creer, á regar con piadosas lágrimas las heladas cenizas de la amada hija; y hallándonos á tal tiempo juntos, sin cesar dábamos gracias á los soberanos dioses que allí nos habian traido; y en esto gran rato ocupados, el venerable viejo, á quien todos obedecian, así nos comenzó á hablar: Venturosos pastores, clarísima generacion de las selvas, las cuales, segun muchas veces he oido, los dioses otro tiempo habitaron, y ahora no se desprecian de ello; ya doce veces la inconstante luna

de prestada luz ha llenado sus dorados cuernos, y otras tantas pobre y encogida con delgado rostro se ha mostrado sobre nuestras riberas, despues que las reliquias y sagrados huesos de mi Augusta, cual tierna azucena sin sazón cortada, en estas desnudas piedras escondimos, y en los tristes altares enlutados sacrificios señalamos: ya el curso del fatal año es cumplido, y el día, si no me engaño, está presente, el cual será siempre doloroso y triste á mi memoria; por tanto si como creo otro tiempo amastes la beldad al mundo rara, y algun religioso cuidado os toca de los que entre nosotros ya no viven, aun estais á tiempo de cumplir obligaciones tan forzosas, si es de creer que no en vano aquí los soberanos dioses nos juntaron: desde ahora comenzarán á arder por los encendidos altares las calientes entrañas de los animales sacrificados, dos gruesos toros ofrecidos vienen á las sagradas aras, uno negro á las sombras de la noche, y otro blanco á las ninfas de las aguas; de cuyas inviolables reliquias tambien participarán vuestros humildes penates y vuestros particulares dioses, si algunos teneis conocidos, ahora en las cercanas cuevas moren, ó en las hojosas majadas en guardar vuestros rebaños se ocupen, que yo en honor debido á mi cara prenda universales ofrendas pienso enviar al cielo. Y no solo esto, mas si el hado me fuere favorable, luego que el venidero día siembre su luz sobre nuestras